

*VERDAD A FLOR DE PIEL*

***INTERACCIÓN DE CURSILLOS (extracto)***

***Editorial De Colores***

**Con acento Galileo**

**P. Antonio Pérez Ramos**

**Síntesis de primera y segunda parte**

Fueron sacerdotes y laicos de la Isla, no bien informados, los que miraban a los Cursillos con cierto recelo y, en ocasiones, hasta con duras críticas.

Se colocaba bajo sospecha a los Cursillos

En el seno mismo de la incipiente Escuela de Profesores, participaban seglares que trataban de promocionar pequeños grupos de reflexión y de estudio en común. En esos tiempos el sacerdote se sentía legitimado para censurar rigurosamente cuantos esquemas y documentos elaboraban los laicos. Con todo, la prueba de fuego para el Movimiento acaeció a poco de que fuera formalmente aprobado por el Obispo Mons. Hervás. Concretamente sucedió, cuando algunos sacerdotes y seglares de nuestro entorno, mal informados y creyendo hacer un bien a la causa del Reino de Dios, intentaron poner a Cursillos bajo sospecha, por no decir, en entredicho. Ello hasta el punto de forzar al obispo sucesor del Dr. Hervás a que urgiera por decreto que toda Ultreya fuera parroquial; que el Secretariado Diocesano lo formaran sólo sacerdotes y seglares con nombramiento episcopal, con expreso mandato de que debían valorizar la eficacia de la parroquia, más todavía, que cuantos hubieran asistido a Cursillos se dirigieran luego a sus propias parroquias y se presentaran a su párroco para que los incorporase a la vida parroquial; que la formación posterior se diera al cursillista por medio de semanas organizadas por la Acción Católica; y que todo cursillista debía hacer en completo retiro los ejercicios espirituales ignacianos antes de que pasaren dos años después de su propio Cursillo.

Difícil trance del que el Señor nos liberó, por obra de Pablo VI, quien bien informado de la esencia, mentalidad, método y carisma de Cursillos como un verdadero Movimiento laical, le otorgó plena carta de ciudadanía en la Iglesia Universal, con ocasión de la I Ultreya Mundial en Roma ante cinco mil Cursillistas procedentes de veintiocho países.

Acercamiento entre Cursillos y parroquia: de 1966 a 1987

“La estructura parroquial se muestra a la vez demasiado estrecha y demasiado vasta para satisfacer las necesidades de la pastoral y de la formación del conjunto de los fieles”.

La contribución de Cursillos a la renovación de la parroquia según Eduardo explica, requiere empezar por comprender que nuestro Movimiento desde sus inicios tiene una clara visión del papel del laicado en la acción misionera de la Iglesia, objetivo apostólico de todo bautizado, y en el que han de converger la persona, el Evangelio y el mundo en que nos ha tocado vivir.

Una concepción orientada sobre todo en la perspectiva del acercamiento a los alejados, los cuales generalmente son los que mejor captan la identidad entre su ansia de felicidad y la vida de Cristo, en cuanto que la ven realizada en otros cursillistas en quienes encuentran en seguida unos verdaderos amigos.

Y es que cuando los alejados captan la Buena Nueva – sigue argumentando el aprendiz de cristiano – su ausencia de previos corsés histórico-religiosos hace aflorar en ellos una creatividad evangélica asombrosa. Con lo que generan un ambiente en el que esta creatividad evangélica no se ve coartada, sino fomentada. Esa y no otra es la clave para que el encuentro con los alejados no fracase.

Los Cursillos no son ni deben ser una organización ni una comunidad con fines específicos, aunque algo tengan de una y de otra. Son masiva y naturalmente un Movimiento seglar, pero sin ser exclusivamente de seglares, como resulta evidente para quien los haya vivido en una perspectiva de creativa complementariedad dialéctica entre seglares y sacerdotes. Cursillos, por su naturaleza, es un movimiento interdiocesano e internacional, pero de hecho viene funcionando con arraigo netamente diocesano, sin que parezca que ello haya restado posibilidades de contacto y convergencia entre todos. Por ello parecería temerario alterar esta perspectiva.

Por lo que respecta al reclutamiento de cursillistas, en especial de los que recientemente hicieron su cursillo, de parte de ciertos párrocos, en orden a incorporarlos a diversas tareas o campos de
apostolado parroquial específico, como de catequesis, acción social, atención a enfermos u otros ministerios, tales requerimientos de sí no van a constituir un avance en el ser cristiano del cursillista en cuestión.

Es una pena que no se caiga en la cuenta de que el empleo automático de los convertidos, en esa pastoralidad así entendida, haya venido privando a la genuina pastoral de la parte más humana, más espontánea y más en punta de la sociedad y por tanto de la que tiene más base para ir logrando ser íntegramente cristiana.

Del Cursillo lo más novedoso es que lanza al seglar al apostolado en su pista específica y con su normal peculiar estilo, el suyo, el que Dios le ha dado, impulsándolo a la gozosa aventura de simplificar y facilitar el camino para ir encontrándose consigo mismo y para que desde sí mismo vaya descubriendo que el encuentro con Cristo y con los hermanos puede irse dilatando y convirtiéndose en amistad, a medida que se va haciendo realidad en la reunión de grupo y en la Ultreya.

La parroquia, por más que se la pretenda contemplar por algunos como comunidad de comunidades, no está preparada, al menos por sí sola, para hacer frente a la problemática del momento presente, que discurre por otros cauces, distintos de los que interesa, valora y sigue el hombre de hoy. No es la plataforma más adecuada, y aun menos la exclusiva para llegar a ciertos sectores, especialmente a los más alejados y fermentarlos en cristiano.

Siguiendo el magisterio eduardiano, se ha de remarcar aquí, que el tipo de comunidad que hoy necesita el mundo, y por tanto la Iglesia, tiene que ser enucleado y aglutinado por la gratuidad, por el más interesado desinterés; el tomar en serio a cada una de las personas por lo que son, por el hecho de ser personas, no por lo que tienen, ni por lo que saben ni por lo que pueden, ni siquiera por lo que puedan colaborar en la Iglesia, ya que todo ello impide que se pueda trasparentar con la máxima diafanidad la ternura de Dios, pues el sentido de la realidad coincide con el sentido del Evangelio, que es el amor. Es incomprensible entender la pretensión de quienes quisieron quitar al seglar todo el rol que el Movimiento de Cursillos le ha dado. Es como querer cortar uno de los tallos más vivos que el Evangelio vivido por sacerdotes y seglares ha conseguido en la Iglesia.

Votos por un futuro de esperanza, que ya ha empezado a ser un presente.

Lo estamos ya experimentando en nuestra Iglesia particular, propicio, como el que más, para la colaboración entre Cursillos y la pastoral diocesana y, por supuesto, parroquial. Lo proclama nuestro libro fontal, Vertebración de ideas: “En virtud de la comunión y de la misión de la Iglesia, de que todo bautizado es parte, y en coherencia con los criterios de eclesialidad, que han de informar los Movimientos eclesiales, el sacerdote se integra en su respectiva iglesia particular, en la cual y desde la cual existe la Iglesia católica una y única, bajo la autoridad episcopal, para el logro de su acción evangelizadora”. Igualmente, en el Estatuto de Cursillos se establece que los componentes del Secretariado se insertan en este instrumento organizador como unidad de servicio, de cara a propiciar la vivencia de lo fundamental cristiano a los más posibles y prioritariamente a los alejados, de conformidad con el carisma fundacional. En el Secretariado conviven y trabajan, en unión sincera y diálogo abierto, seglares y sacerdotes”... La renovación es callada, pero avanza con eficacia.